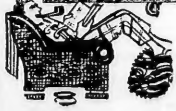


LITERATURA ABTE Y CORTES EXCESIVO



La muerte de Alejandro Dumas

El elefante de la muerte de Alejandro Dumas (padre), que acaba de cumplir, da ocasión a una revista parisiense de recordar en una conmemoración página, escrita por el mismo hijo del famoso novelista, la forma en que se agotó su vida.

Un día—dice el autor—según la costumbre de todos los matines, íbamos para que se levantara, la enferma con mi hijo en gran sacrificio, pero había que impedirle para concluir su debilidad. Aquel día fijó una granada y dices que en mí, y esa el tono de un niño que implora a la madre, me dijo:

—Te explico que no me obligues a salir de la cama; ¡estoy tan bien así!

No íbamos y no me me a su lado. De pronto, se puso pensativo, y en silencio cobró una expresión de gran preocupación y me inclinó. Dos lágrimas brillaban en sus ojos, y a mi pregunta, respecto al motivo de su tristeza, respondió con sus ojos:

—Te lo diré, si prometes contestar a lo que voy a decirte, no con la paridad de un hijo, sino con la grandeza de un viejo enamorado de la vida, y con la autoridad de un buen hijo.

Después de lo que prometí lo que solicitaba, me dijo:

—¿Crees tú que de toda mi obra, ¿yo podré sobrevivir?

Lo respondí que si no tenía otra preocupación que esa—continuó Dumas hijo—para estar tranquilo, porque nunca quedaría de sus libros.

a como yo más sonreía cuando más quería contar mi emoción. El cubo co- raje, se echó en mis brazos y así per- manecí largamente.

Desde entonces se pronunció más pa- labras, como si ya nada le interesara, y me miró dulcemente. Al día siguiente, a las 10, murió, sin un temblor, sin un esfuerzo, sin saberlo...

Judas and Co.

Somos muy ingenuos con Judas Isca- ríote al considerarlo un malvado, supo- rtor a todas las perversidades ordina- rias.

Aquel era simplemente un hombre que amaba el dinero y que como to- dos los que aman el dinero, no com- prendía a Jesucristo—que no podía entender lo que era, ni lo que quería decir—Nunca previó que matarían a era condenado a muerte; ni siquiera creyó su dinero y se aborció.

¡Hay muchos de nuestros modernos corruptores de dinero que se ahorca- ran después de un crimen cualquiera!

Judas era un tipo vulgar, egoísta, ciego por el odio a Jesús. Siempre en la boca de los pobres, sin preocuparse de la justicia, incapaz de comprender a Cristo, creía no obstante en él más que en la mayoría de nosotros. Lo había visto hacer milagros; creía que Jesús sería lo bastante poderoso para salir de apuros y que el Jesús, siempre así, ganando algo. Jesu- cristo habría sido de su situación y él tendría sus treinta dólares.

Era en la idea del que buce el di- nero por toda la superficie del globo. No oía a Cristo; mas no puedo comprenderlo; no se podía de él, ni ve- rba de particular en toda su bene- volencia, sino que, en toda circunstancia, opero sus escabrosos negocios, se- cundó lo que sucediere.

Juan Ruskin.

Los cuentos célebres

La loca.

—Ugan, dijo Mathieu de Rodot, las chuchas me recuerdan una sinfinita anécdota de la guerra.

Cránelos conoce la tica que tengo en los alrededores de Cornail, saen que cuando los prusianos vinieron, vi- nian en ella.

Toda enuncia por vecina a una es- pecie de loca a quien los rusos gol- paban de la distancia habían extraído a razón. En otros tiempos, y en un mes, había padecido a su padre, a su hermano y a un hijo prusiano.

Cuando la muerte entra en una casa, casi siempre viviere al poco tiempo, co- mo si conociese la puerta.

La pobre mujer, atormentada por el pe- sar, se metió en la cama y estuvo di- rando por espacio de seis semanas.

Longo, una especie de tragedia lasti- mada sucedió a esta vienesa cri- sta, y quedó sin movimiento, comiendo apas, y sólo movieron los ojos. Cosa ve- ra, que intentaban hacerla levantar, chilla- ba como si fueran a matarla, y por es- to la colaban en la cama sacudida de- entre las sábanas nada más que el tiempo preciso para lavarla y secarla el colchón.

A su lado estaba una criada vieja que de tiempo en tiempo le daba de be- ber y la obligaba a comer un poco de carne fría. ¡Qué parala en el interior de aquella alma cesa-perada? Nadie lo supo nunca porque había más, pren- sa en sus murmullos; ¡qué cosa irati- miento así que recuerdos se precisasen o su anhelado pensamiento se había quedado inmóvil como el agua estancada!

Por espacio de quince años perma- neció así.

carla a como pasó sola.

Ella y no se moriré ni hizo un ge- lo siquiera... ¡parecía que no lo sa- bía visto!

El oficial, tomando aquel tranquilo silencio por una prueba del supremo desánimo, añadió:

—Si mañana no baja...

Y se marchó.

Al día siguiente, la vieta criada, me- dia loca, quiso vestirla, pero la enfer- ma, resistiéndose, empezó a chillar. El oficial, subió enseguida y la crieta, arrojándose a sus pies, exclamó:

—¡No quere, no quere... perdóna- me...!

El soldado paraca indecible y a pe- sar de su rabia no se atrevió a que se le- vantara la sacara por fuerza de la re- ta... pero de pronto se puso a reír y dio golpes en almendra.

Y no tardó en verse salir a un des- cancio que sostenía un cohete co- quien lleva a un herido. Y en el momento que no habían tocado, la loca, siempre silenciosa y tranquila, permanecía in- diferente a cuanto ocurría. Para ella lo importante era que se le desatasen am- bledas.

Entró un hombre llevando un li- do de ropa de mujer.

Al oficial, frotándose las manos, se- guí:

—Aquí no quiere vestirla, darme- mos un pasito...

Y el cortejo se alejó con dirección al bosque de Stenval.

Diez horas después, los soldados vol- vieron solos.

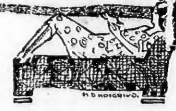
Y nadie volvió a ver a la loca...

¡Qué habían hecho con ella? ¿a donde le habían llevado? Nadie se supo.

Nevaba noche y día y traidores y boques se enrollaban con un sudario de musgo helado. Y los lobos veían aullar hasta nuestras puertas...

La idea de aquella pobre mujer per- dida era una obsesión para mí y para tener noticias sapeas llegué a hacer di- ligencias cerca de las autoridades ale- manas. Por poco me fallan.

Volvió la primavera; se abrió el ejer- cicio de ocupación, y la casa de mi ve- cina quedó cerrada. Por los senderos



de su jardín la yerba crecía.

Durante el invierno, la vieta criada había muerto, y aunque nadie se que- daba ya de la aventura, yo pensaba en ella sin cesar.

¿Qué habían hecho con aquella pobre mujer? ¡Había huido corriendo a tra- vés de los bosques? ¿la habían rego- dío en alguna parte y metido en un hospital ni no poder obtener de ella nin- guna noticia? Nada podía desear que mi duda, pero poco a poco el tiempo se encargó de desvanecer mi malagar.

Ahora bien, al oírlo, ¡qué alegría había checho en gran abundancia, y como la hora me dolía algunos momentos me atreví a ir hasta el bos- que. Había matado ya cuatro o cinco pájaros de los del tipo largo, cuando también uno que desapareció en un fo- zo lleno de ramas. Bajé para recoger- lo, y lo encontré junto a una coladera.

Y bruscamente el recuerdo de la loca acudió a mi mente y me oprimió el co- rrazón. Durante aquel año estu- diando otros hombres tal vez muerto en aquel bosque, pero no sé por qué tenía la seguridad de que acababa de encontrar la cabeza de la misteriosa manifiesta.

Y repentinamente lo empujé y la salíste todo.

Tendida en su colchón ya habían abandonado en el bosque delirio y frío, y fíen a su idea fija había muerto separada en la tierra sin mover ni un brazo.

Los globos así, habían destruido que- ptes.

Y con la lana de un desarrado col- chón, los pájaros habían construido sus nidos. Recorri y conservé los líti- cos restos; y desde entonces hago vi- tos para que nuestros hijos no sepa- y van nunca lo que es la guerra.

Guy de MAUPASSANT.

El entrenamiento de Dempsey y Carpentier antes de la lucha



Información gráfica de una jornada de entrenamiento de Jack Dempsey, campeón mundial de boxeo, en los días que precedieron al mundial en el estadio de Longwood. — 1. El campeón con el entrenador Diaghilev, a la izquierda, y su manager Warner, a la derecha. — 2. Dempsey. — 3. El entrenador Diaghilev y William su entrenador "partner". — 4. Lobo para otra víctima. — 5. Dempsey. — 6. Dempsey. — 7. Un tiro de Dempsey. — 8. Ante el boxeo con un periodista deportivo. — Otro aspecto del training de Dempsey.

Aspecto del entrenamiento de Georges Carpentier en su campo de training de Mantes, en los febriles días an- tes de la lucha. — 1. Bailando al ritmo de la música de Mantes. — 2. El popular "manager" del francés, De- camp. — 3. Henri Mantes, entrenador, preparando la comida del campeón. — 4. Dempsey. — 5. En la actividad de- mencia. — 6. Bailando con el ex-campeón francés Max Vén. — 7. Con un masoquista. Yllan. — 8. Bailando a la cuer- da con el campeón Jackie Cogan. — 9. En el momento de la lucha.

